



BitterWeber: rascar la superficie

R. M.

El barrio del 23 de Enero, en Caracas, surgió como proyecto de alojamiento destinado a las clases medias durante la dictadura del general Pérez Jiménez (1948-1958). Los bloques, diseñados por uno de los mejores arquitectos del siglo xx, Carlos Raúl Villanueva, constituyen un excelente ejemplo del tipo de megaestructuras que proliferaron en los años cincuenta por todo el subcontinente latinoamericano siguiendo los postulados de la arquitectura moderna.

En 1958, durante la revuelta popular que puso fin a la dictadura, las clases bajas empobrecidas ocuparon los 4.000 apartamentos que permanecían vacantes en los bloques. Desde entonces, el barrio ha mantenido su reputación de vecindario activo y ha ido creciendo a medida que los ciudadanos caraqueños levantaban ranchos y chabolas en torno a los bloques.

Cuando Sabine Bitter y Helmut Weber llegaron a Venezuela, lo primero que les llamó la atención fue cómo el 23 de Enero rompía sus esquemas: «Nuestros prejuicios nos hacen pensar que necesariamente debe haber un choque social, cultural y político entre los habitantes de los bloques y los de las chabolas. Pero resulta que no es así; allí vive una única clase social que comparte una misma cultura y unos mismos problemas. De hecho, a los superbloques los llaman “barrios verticales”, cuando “barrio” es la palabra que se utiliza en Caracas para referirse a los conjuntos de viviendas de autoconstrucción. En este caso, la recurrente oposición entre la ciudad formal y la informal –supuestamente asociada a desesperación, pobreza e ilegalidad– se desvanece por completo». Parafraseando la famosa biblia de la arquitectura postmoderna de Robert Venturi, Denise Scott Brown y Steven Izenour, BitterWeber han titulado uno de sus proyectos *Aprendiendo de la Vega*: sin dejarse fascinar en absoluto por las formas comunitarias de la pobreza y sin tratar de ocultar los problemas, sus fotografías del barrio de autoconstrucción de La Vega, en Caracas, adquieren un espesor especial que las distancia también de la fotografía de denuncia que pretende mostrar la desolación de este tipo de entornos. «Buscamos la manera de procesar estas imágenes de forma que la gente se haga una idea de que sí, puede resultar peligroso, pero hay mucho más; no nos interesa la típica imagen de favela devastada. De hecho, también pretendemos contribuir a modificar la percepción imperante de este tipo de imágenes».

Los artistas austriacos llevan años centrando su arte en cuestiones relacionadas de un modo u otro con la vida urbana, la ordenación del territorio o la arquitectura, aunque su principal foco de interés declarado es la política de la imagen de este tipo de entornos urbanos. Su serie *Live like this*, en la que aparece fotografiado el conjunto de viviendas de Pedregulho, proyectado en Río de Janeiro por otro de los grandes arquitectos latinoamericanos del siglo pasado, Alfonso Reidy, suscita cuestiones fundamentales acerca de la arquitectura moderna y sus formas de representación: «Precisamente nos interesa mostrar la carga ideológica que conllevan las formas tradicionales de representar esta arquitectura. Antes estos edificios se fotografiaban en blanco y negro y vacíos o semi-vacíos, como queriendo mostrar la pureza de la forma arquitectónica. En los últimos años, en cambio, sólo se muestran imágenes de desolación con los edificios prácticamente en ruinas, queriendo ilustrar el supuesto fracaso de la arquitectura moderna y sus pretensiones utópicas, como si no hubiera término medio, como si no hubiera millones de personas viviendo una vida normal en estructuras arquitectónicas y urbanísticas de este tipo. Tratamos, pues, de reapropiarnos de algún modo de la estética de supuesta pureza de estos proyectos urbanos modernos, reintroduciendo imágenes tomadas desde abajo».

Sabine Bitter y Helmut Weber reconocen la carga de razón que conllevan las críticas a la tradición moderna en arquitectura y a los procesos de modernización en general, pero también añoran ese impulso utópico que animó a gran parte de los arquitectos y urbanistas de esta tradición. «Puede que las pretensiones de la arquitectura moderna de alojar mejor a los pobres fracasaran pero, al menos, la sociedad en su conjunto parecía sentirse de algún modo responsable de esta situación y se mantenía la idea de que era preciso buscar e imaginar cómo debiera ser la sociedad. En los ochenta, en cambio, con la aparición del posmodernismo y el auge neoliberal, se produce una ruptura total y toda la tradición moderna se convierte en algo reprobable. Por lo demás, habría que ver qué elementos de la tradición moderna permanecen en el proyecto globalizador neoliberal, y cuáles son los que faltan pero deberíamos reintroducir, porque la idea de que si la economía va bien todo va a ir bien no se sostiene. La globalización es modernización sin modernismo, o sea, todo el aparato técnico y económico pero sin la preocupación social, sin la vertiente utópica...»



Rancho Grande

con la revolución bolivariana y dispuestos a defenderla porque, como el proletariado clásico, nada tienen que perder.

Caracas es ejemplo emblemático de ciudad fundada por militares en acción de conquista. Esto significa, como otras grandes urbes latinoamericanas que tienen el mismo origen, que es reflejo de los condicionantes históricos bajo los que fue emplazada y construida. Su fundación no obedeció a criterios urbanísticos, sino a las necesidades de la conquista española y al establecimiento del sistema de producción esclavista. De ahí que su emplazamiento no se eligiese atendiendo a lo que sería razonable (ubicación geográfica, clima, topografía, salubridad, fertilidad de la tierra, accesibilidad) sino a esas otras necesidades, que generan una serie de problemas que Caracas arrastra desde sus inicios.

El primero es la falta de espacio, por estar situada en un valle cerrado, encajonada entre montañas, lo que ha determinado un crecimiento vertical (decenas de rascacielos) y forzado (se trata de aprovechar cualquier espacio disponible). A ello se une la presencia manifiesta de los problemas urbanos típicos del continente, tal vez agravados en Caracas: el empobrecimiento de amplios sectores de la población, la extensión de la construcción irregular, la economía informal generalizada, la delincuencia, la corrupción.

La ciudad ha sido igualmente víctima de los lastres económicos, políticos y sociales del siglo veinte venezolano, de la disipación de la riqueza petrolera, de la falta de tejido económico para las clases bajas. En los años de la bonanza del oro negro, desde finales de los cincuenta, durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, y sobre todo en los setenta, se emprendieron grandes obras que cambiaron la cara a la ciudad, dándole ese aspecto de «ciudad enorme, extraordinaria: un valle lleno de concreto y metal» de la que hablaba Adriano González León en *País portátil*.

En ese tiempo forma Caracas su perfil característico: rascacielos por todas partes, pero también túneles, autopistas, metro, grandes avenidas, parques, arrasando de paso la mayor parte del centro histórico que había sobrevivido a guerras, terremotos y saqueos piratas. En esos mismos años se produce el gran éxodo del campo a la ciudad que multiplica los barrios, los ranchos. En veinte años la población urbana pasa del 48% de 1950 al 73% de 1971, y sigue creciendo hasta el 90% actual, concentrándose sobre todo en la gran Caracas (cinco millones de habitantes). Son los años, además, de la lucha política más dura, con formas incluso de guerrilla urbana, como relata la propia novela de González León, o la interesante obra narrativa de Carlos Noguera.

La zona roja, decíamos, lo es también en un sentido político. Para los acomodados, al otro lado hay violencia, inseguridad, pero también hay un proceso político al que dan la espalda, en el que no quieren participar, frente al que blindan igualmente sus urbanizaciones, sus vidas, sus ideas. La revolución bolivariana aún no ha entrado en las zonas del Este que siguen gobernadas por la oposición, y que viven ajenas al nuevo lenguaje político, a los proyectos, a las misiones sociales, a los propósitos transformadores.

Los responsables del proceso político actual están comprobando que más allá, en los cerros, en los barrios, hay un gran potencial, hay vida. Frente a la inicial impresión negativa, que surge de ver el amontonamiento de construcciones y el aspecto depauperado de las mismas y de las gentes que las habitan, que daría impresión de desesperanza, de inutilidad de los esfuerzos, el proceso político ha encontrado mucho más que una multitud desesperada y dispuesta a marchar en grandes manifestaciones, ha encontrado realmente su base, una base entusiasta y dispuesta no sólo a defender la revolución, sino

a hacerla suya, a participar, a dirigirla. Frente a la imagen tópica del «malandro», aparece el militante concienciado, el «facilitador» que actúa en su entorno, el grupo organizado que plantea las necesidades del barrio en esa forma primaria —y aún en pañales— de democracia participativa.

Partiendo de las formas tradicionales de organización que ya existían en los barrios —y que tenían que ver más con la supervivencia que con un proyecto político, basadas más en la creación de estructuras sociales propias ante la ausencia de un Estado que nunca subía por las escaleras y empujadas veredas de los cerros— están surgiendo nuevas formas de movimiento vecinal reivindicativo. Más allá de las conocidas misiones —sociales, educativas, sanitarias y culturales, y cuya necesidad reconoce la propia oposición antichavista—, en los barrios más empobrecidos se está produciendo un proceso de toma de conciencia de los habitantes que va a ser decisivo para el futuro de la ciudad.

Todo un fenómeno de reactivación social y cultural —y que deberá ser también económica para que tenga continuidad— que ha sido impulsada desde las instituciones bolivarianas, pero cuyo empuje se origina en el propio barrio, en las estructuras y liderazgos preexistentes, propios de su precaria condición. El concepto de «desarrollo endógeno» —que en Europa suena a algo burocrático e inofensivo, pero que en un país como Venezuela es realmente revolucionario— implica que todo nazca en el propio barrio, lo que ha reactivado a una población apática y estigmatizada cuyas iniciativas, aunque aún no tengan alcance fuera del propio vecindario, están demostrando que bajo la imagen negativa de los barrios y su asociación exclusiva a ideas como miseria, atraso y delincuencia, existían formas de vida e incluso manifestaciones culturales originales.

Mientras tanto, la clase alta, los habitantes del Este, permanecen ajenos a esta revitalización de los cerros. Tal vez se resignan, como la pareja protagonista del cuento de Cortázar, a aguantar en la parte que aún retienen. Hasta el día en que la casa sea tomada por completo y tengan que marcharse, cerrando bien la puerta de entrada y tirando la llave a la alcantarilla, no fuese a ser que a algún pobre diablo se le ocurriera entrar, a esa hora y con la casa tomada.

EXPOSICIÓN **BITTERWEBER,**
VIVIR PARA VER
02.02.06 > 12.03.06
COMISARIO **REINHARD BRAUN**
ORGANIZA **CBA**
COLABORA **CAMERA AUSTRIA • AUSTRIA**
EN ARCO

Se permite la reproducción íntegra de este texto siempre que sea con fines no comerciales, se cite autoría y procedencia y se mantenga esta nota.